

## EDITORIAL

### *¿Por qué se han ido muchos jóvenes de la Iglesia?*

No se trata de una pregunta retórica, pero quizás tampoco la más pertinente. Sería mucho más adecuado concretarla en otras dos: ¿cómo es posible que el mensaje del Evangelio no atraiga a la mayoría de los jóvenes? y ¿el problema será la incomunicación?

Hasta yo me encuentro perplejo por hacerme estas preguntas. Los jóvenes con los que más trato he tenido han sido los que iban al Seminario con la intención de discernir si su camino era el sacerdocio. De los demás he tratado a los que pertenecían a grupos cristianos consolidados, o que estaban en busca. Ahora entro en contacto con una dura realidad, la de ser párroco y ver cómo después de la primera comunión (y, por ahora la última para muchos niños) dejan totalmente la práctica religiosa y se llenan de actividades extraescolares que, poco a poco y por efecto del bajo interés que algunos padres tienen por una formación de la persona según el modelo del evangelio, les ocupan todo el tiempo y no les dejan ni siquiera ser niños, pasando por sorpresa a una adolescencia en la que vacían el poco contenido espiritual que aún pueda quedarles.

La preocupación es seria y, no obstante, no debe llevarnos a la desilusión ni a desesperanza. Porque esta preocupación tiene su origen en el qué y cómo podemos comunicar la vida de fe a los niños, adolescentes y jóvenes. Yo creo que tiene que ser por contagio, a partir del modo de vida de los testigos; un modo de vida diferente del anodino que lleva la mayor parte de nuestros contemporáneos; un modo de vida que llame la atención y mueva a imitarlo, siguiendo las huellas de Jesús. Pero un imitar que no se contente con reproducir en su conducta ritos más o menos preparados y vividos, sino la vida llena y profunda de los verdaderos discípulos. Esa vida que ocupa todos los ámbitos de la persona, en palabras de Teresa de Jesús: «¡Qué muero porque no muero!».

Si algo tiene sentido en la vida cristiana es que no somos personas encerradas en un mundo cómodo y pasado, sino que estamos abiertos a la aventura de un futuro nuevo y renovado, ya que esa es la misión que Jesús ha puesto en nuestras manos: ir abriendo nuevos surcos en el camino de la

vida, poner a las personas que quieren seguir el camino al que el Señor les invita en una dinámica continua, asentados en la fuerza de Dios, lanzados a la aventura de una nueva evangelización que ofrezca vida plena, en el cuerpo, en el alma y en el espíritu, armoniosamente.

En el documento para la preparación del Sínodo del próximo año sobre los jóvenes se aprecia una doble clave: la preocupación por la lejanía de los jóvenes y la necesidad ineludible de escucharlos a ellos, de modo que ayuden a encontrar las razones de este alejamiento y el lenguaje que entienden y les acerca a Cristo como su Señor y amigo:

La Iglesia ha decidido interrogarse sobre cómo acompañar a los jóvenes para que reconozcan y acojan la llamada al amor y a la vida en plenitud, y también pedir a los mismos jóvenes que la ayuden a identificar las modalidades más eficaces de hoy para anunciar la Buena Noticia. A través de los jóvenes, la Iglesia podrá percibir la voz del Señor que resuena también hoy. Como en otro tiempo Samuel (cf. 1 Sm 3, 1-21) y Jeremías (cf. Jr 1, 4-10), hay jóvenes que saben distinguir los signos de nuestro tiempo que el Espíritu señala. Escuchando sus aspiraciones podemos entrever el mundo del mañana que se aproxima y las vías que la Iglesia está llamada a recorrer.

Parece clara la intención: abrir los oídos a la escucha de la Palabra y atender a los modos que los jóvenes ven de encuentro con ellos y el acompañamiento que necesitan para llegar a ese descubrimiento. Siempre han sido los jóvenes objeto de nueva evangelización, porque no basta con que reciban la herencia de la fe de sus padres, por importante que ella sea, sino que es necesario que ellos mismos tengan la experiencia de esa fe en su corazón, que descubran la importancia para su propia felicidad y la de los seres queridos de notar la presencia de Jesús en sus vidas. Los signos de los tiempos sólo los descubriremos por una intervención luminosa del Padre o a través del diálogo con los jóvenes. Si hay alguien capaz de hacer una lectura actual de las realidades de su mundo, ese es el joven comprometido con su mundo y con el papel de Dios en su vivir cotidiano. Hace años que decimos que los mejores evangelizadores de jóvenes son los propios jóvenes, pero estos necesitan de una experiencia que los impulse no a transmitir unos saberes, sino el contagio de una vida de fe que rebosa, porque la gracia se desborda a través de su conducta.

Y nuestro mundo es no como quisiéramos que fuese, sino como los avatares de los últimos tiempos lo han configurado: los adelantos de la ciencia y de la técnica, con sus ventajas y condicionamientos; el buen y mal uso de unos medios de comunicación que, siendo valiosos para acercar a las personas o facilitar una información rápida, también pueden mediatizar a los más jóvenes. Los detalles que pueden pasar desapercibidos, «educan»

o influyen mucho más que largas charlas y empeños. Sólo la fuerza de un tenor de vida diferente ayudará a que se busque la vida interior como objetivo a conseguir.

Ciertamente, los jóvenes se ven acosados por multitud de mensajes subliminales que les invitan a una especie de libertad que consiste en dejarse arrastrar por modas que les impiden elegir con libertad, coaccionados por lo que es aceptado por sus contemporáneos. Y esto, ¿qué genera en muchos contemporáneos, jóvenes incluidos? Lo tenemos muy bien expresado en este párrafo del Documento preparatorio:

A nivel mundial el mundo contemporáneo se caracteriza por una cultura «cientificista», a menudo dominada por la técnica y por las infinitas posibilidades que esta promete abrir, en cuyo interior no obstante «se multiplican las formas de tristeza y soledad en las que caen las personas, entre ellas muchos jóvenes» (*Misericordia et misera*, 3). Como enseña la encíclica *Laudato Si'*, la íntima relación entre paradigma tecnocrático y búsqueda frenética del beneficio a corto plazo están en el origen de esa cultura del descarte que excluye a millones de personas, entre ellas muchos jóvenes, y que conduce a la explotación indiscriminada de los recursos naturales y a la degradación del ambiente, amenazando el futuro de las próximas generaciones (cf. 20-22).

Asimismo, no hay que olvidar que muchas sociedades son cada vez más multiculturales y multirreligiosas. En particular, la coexistencia de varias tradiciones religiosas representa un desafío y una oportunidad: puede crecer la desorientación y la tentación del relativismo, pero conjuntamente aumentan las posibilidades de debate fecundo y enriquecimiento recíproco. A los ojos de la fe esto se ve como un signo de nuestro tiempo que requiere un crecimiento en la cultura de la escucha, del respeto y del diálogo.

En efecto, hoy resulta imprescindible afrontar el problema y las exigencias de lo multicultural y multirreligioso. Es verdad que los jóvenes actuales no están encerrados en las fronteras de su país, ni en la miopía de creer que sólo existe un modelo de sociedad. Viajan y conocen culturas diferentes y las asumen, sobre todo en lo que se ve más en la superficie y deslumbra como moda. Esta situación no es necesariamente negativa, ya que enseña a ser tolerantes, ayuda a estar abiertos a la comprensión y el respeto, a la vez que a reafirmarse en la propia forma de vida. Pero ¿es posible obviar los efectos, en especial para la fe, que supone esta realidad y el desconcierto que puede provocar? Así nos lo dice el párrafo citado arriba cuando señala el peligro de relativismo, si bien insiste en la necesidad de buscar el enriquecimiento mutuo por medio del «crecimiento en la cultura de la escucha, del respeto y el diálogo».

Sea como fuere, esta pluralidad que caracteriza el mundo actual rebaja la «seguridad», aunque también «aumenta la apertura a un hombre nuevo»

más consciente y preparado para afrontar el futuro si se toma en serio la formación. Este momento de la historia exige, por tanto, un replanteamiento de la catequesis para que transmita la experiencia de Dios y contagie una fe vivida desde el encuentro con el Señor. Un gran teólogo del siglo pasado afirmaba que el cristiano del siglo XXI será místico o no será, tendrá experiencia de la vida en Dios o no tendrá vida cristiana alguna (Karl Rahner). En este sentido, no deja de ser paradójico que desde edades más tempranas los jóvenes se alejen de la Iglesia.

Quien es joven hoy vive la propia condición en un mundo diferente al de la generación de sus padres y de sus educadores. No sólo el sistema de obligaciones y oportunidades cambia con las transformaciones económicas y sociales, sino que mudan también, subyacentemente, deseos, necesidades, sensibilidades y el modo de relacionarse con los demás. Por otra parte, si desde un cierto punto de vista es verdad que con la globalización los jóvenes tienden a ser cada vez más homogéneos en todas las partes del mundo, se mantienen sin embargo, en los contextos locales, peculiaridades culturales e institucionales que tienen repercusiones en el proceso de socialización y de construcción de la identidad.

Este mundo diferente aboca a una falta de auténtico diálogo entre generaciones y, ante el temor de reacciones de ruptura, se les deja sin un acompañamiento que supone, en primer lugar, entrar en el mundo de esta generación y hacer una objetiva valoración del mismo. El mundo puede ser diferente, pero la misión de caminar y ayudar a caminar a los otros mediante un acompañamiento que incluya la escucha y el ritmo de cada persona es la misma, si bien en el aquí y ahora.

El desafío de la multiculturalidad atraviesa particularmente el mundo juvenil, por ejemplo, con las peculiaridades de las «segundas generaciones» (es decir, de aquellos jóvenes que crecen en una sociedad y en una cultura diferentes de las de sus padres, como resultado de los fenómenos migratorios) o de los hijos de parejas de algún modo «mixtas» (desde el punto de vista étnico, cultural y/o religioso).

Y esta multiculturalidad que plantea situaciones nuevas de convivencia, puede ser muy enriquecedora: nos saca de nuestro pequeño mundo, de actitudes aldeanas. Y es que también esto influye en las posturas de nuestros jóvenes, tan tendentes a encerrarse en el pequeño grupo que le protege y en el que se cree intocable.

Otros aspectos de la sociedad multicultural que han de ser tenidos en cuenta son el fenómeno de las migraciones, las parejas de distinta cultura, las parejas de hecho, el mal llamado matrimonio entre personas del mismo sexo. Y si la Iglesia se ve como una realidad del pasado y desaparece su

presencia en muchos contextos, el problema de identificación con ella y de aprecio de su propuesta se agrava. En el documento se nos dice:

En muchos lugares la presencia de la Iglesia se va haciendo menos capilar y por tanto resulta más difícil encontrarla, mientras que la cultura dominante es portadora de instancias a menudo en contraste con los valores evangélicos, ya se trate de elementos de la propia tradición o de la declinación local de una globalización de modelo consumista e individualista.

¿Qué presenta la cultura dominante? Valores en contraste con los evangélicos que invita a «adorar» instancias que no sólo no llegan a formar a la persona, sino que la sumen en un estado de enajenación o en un simple vivir. Hay muchos jóvenes que no muestran aversión a Cristo, ni siquiera a la Iglesia, sino que simplemente prescinden de ella, porque no la necesitan y se ha hecho invisible para sus objetivos en este mundo.

Otra característica cultural de los jóvenes es el uso de la tecnología. Señala el documento:

*Hacia una generación (híper) conectada.* Las jóvenes generaciones se caracterizan hoy por la relación con las tecnologías modernas de la comunicación y con lo que normalmente se llama «mundo virtual», no obstante también tenga efectos muy reales. Todo esto ofrece posibilidades de acceso a una serie de oportunidades que las generaciones precedentes no tenían, y al mismo tiempo presenta riesgos. Sin embargo, es de gran importancia poner de relieve cómo la experiencia de relaciones a través de la tecnología estructura la concepción del mundo, de la realidad y de las relaciones personales. A esto debería responder la acción pastoral, que tiene necesidad de desarrollar una cultura adecuada.

¿Una generación híper-conectada? Es fascinante el mundo virtual, tiene un atractivo especial y se presenta como la solución a todos los problemas, pero con él se corre el riesgo de confundir la realidad virtual con la realidad, hasta el punto de evadirse de ella. Desarrollar una pastoral nueva que invite y sea eficaz en el proceso de transformar el interior para que se refleje en lo exterior de forma duradera y con crecimiento progresivo es el objetivo ambicioso. A este respecto, muy bien puede servir como final el siguiente párrafo del Documento para el Sínodo de los jóvenes:

Acompañar a los jóvenes exige salir de los propios esquemas preconfeccionados, encontrándolos allí donde están, adecuándose a sus tiempos y a sus ritmos; significa también tomarlos en serio en su dificultad para descifrar la realidad en la que viven y para transformar un anuncio recibido en gestos y palabras, en el esfuerzo cotidiano por construir la propia historia y en la búsqueda más o menos consciente de un sentido para sus vidas.